

¿EXISTE UNA DIDÁCTICA DE LAS “MALAS PALABRAS”? ¿SON, ADEMÁS DE MALAS, “PELIGROSAS”?

Dolores Soler-Espiauba
Consejo de Ministros de la U.E. Bruselas

Según Ana María Vigara (1980), “el lenguaje es una función biológica que expresa simultáneamente ideas y sentimientos; traduce las excitaciones sensoriales en impresiones y juicios de valor y sus tres componentes, expresivo, comunicativo y significativo se enredan en el intercambio lingüístico”.

A través de las más recientes metodologías, nuestros alumnos van pasando por fases *situacionales* en las que aprenden a expresar, de una manera formal o informal gustos, aficiones, sentimientos, sensaciones, acuerdo o desacuerdo, rechazo de la opinión de otros, crítica y entusiasmo. Pero cuando han llegado a cierto nivel, que yo calificaría de intermedio avanzado, comprueban, al presenciar una película, oír una canción, escuchar a un grupo que charla en un bar o que viaja en autobús o en metro, que la mayoría de los hispanohablantes va salpicando su hilo discursivo con vocativos, interjecciones, palabras soeces u obscenas, e incluso blasfemias. Por poco que comprenda el español, tendrá tendencia a escandalizarse ante tales prácticas verbales, sobre todo si proviene de una cultura más respetuosa, p.ej. las asiáticas. Y se asombrará de que los interlocutores a quienes van dirigidos estos insultos e impropiedades los acepten sin parecer ofenderse, ya que la práctica ha desemantizado tales vocablos, al obedecer a ciertos códigos de expresividad, derivados por una parte del carácter deíctico y egocéntrico del lenguaje y del deseo de impresionar al oyente y, por otra parte, impuestos por la moda.

Son los jóvenes los que imponen generalmente dicha moda y la imitan los que están en contacto con ellos: padres, educadores, profesores, que al hacerse cómplices persiguen quizá el objetivo de seguir pareciendo jóvenes. La cuna donde nacen la mayoría de estas expresiones es la ciudad y, sobre todo, la gran ciudad. Tradicionalmente este lenguaje se ha alimentado de la cantera de las cárceles, del mundo de la droga y del medio gitano y quinqui, o sea, la marginalidad; pero cada vez más son los propios grupos de jóvenes que viven, estudian o trabajan en nuestras ciudades, y, paradójicamente, los jóvenes llamados *pijos*, que se encuentran en las

antípodas de la marginalidad, los que crean nuevas formas, nuevos vocablos, contribuyendo activamente la televisión y los medios a difundirlos por todo el país y entre todas las clases sociales.

Del concepto *moda* más arriba citado va a derivarse el carácter efímero de un gran porcentaje de la lengua coloquial: Diez años de duración son ya una larga vida para la mayoría de los términos. Las *malas palabras*, en su mayoría, poseen señas de identidad suficientemente acreditadas y podemos afirmar que permanecen inamovibles, con su presencia gráfica cada vez más asentada en los diccionarios. Son las *variedades* de estas malas palabras las que cambian de una generación a otra y sobre todo su *calibre*, la edad y la clase social de los que las emplean y su desemantización cada vez más completa.

El fenómeno ha penetrado en la narrativa actual, en el lenguaje de los políticos y en la prensa, incluso en la que podríamos calificar de más *seria*. Con motivo de las elecciones primarias del Partido Socialista, publicaba el diario *El País* (19.04.98) las declaraciones del candidato a la presidencia del Gobierno José Borrell: "... cuando de pequeño vi aterrizar un día un hidroavión me dije: *joder*, y esto por qué vuela". Asimismo, en una larga entrevista que publica el suplemento dominical de *El País* (26.04.98) con la actriz argentina Cecilia Roth, confiesa ésta que su reencuentro con España tras una larga ausencia se vio marcado por el hecho de oír criticar al séquito de la Ministra de Cultura en el estreno de su película *Martín Hache* "la cantidad de tacos que tenía". Y, efectivamente, el cine es el mayor exponente oral de la frecuencia de las malas palabras en el discurso de los españoles de hoy. No hay película española actual que escape a esta norma. Otra de las vías de fácil entrada y difusión es la canción, frecuentemente la canción de cantautor o de grupos de moda: Ramoncín, Sabina, Mecano, Javier Krahe y los grupos más recientes e iconoclastas. De igual manera, dejando aparte el "fenómeno Cela", la narrativa más reciente: si partimos de *El disputado voto del señor Cayo* (1978), de Miguel Delibes, para llegar a las últimas novelas de A. Muñoz Molina, Juan José Millás, Almudena Grandes, J. M. Prada y J. Angel. Mañas, por no citar más que a unos cuantos, observaremos que sus diálogos reproducen exactamente la lengua de la calle, la lengua del grupo, la lengua urbana.

"Somos como hablamos", afirma Antonio Pàmies (1998), uno de los coautores de *El arte del insulto*, añadiendo "España no es un país de puritanos, sino de fanáticos. Vivimos una época de mayor permisividad sexual y eso nos lleva a que las agresiones verbales de tipo sexual son más habituales". El lenguaje es una conducta y sólo son lenguajes *calientes* los que provienen de una sociedad caliente. No es gratuito el hecho de que las más geniales creaciones de *cheli* y de argot semi/popular semi/intelectual nacieran en los primeros años de la transición a la democracia. Recordemos revistas como *El Jueves*, *La luna de Madrid* y las crónicas diarias del *Spleen de Madrid* de Francisco Umbral, que fueron una auténtica cantera de creatividad lingüística. En su prólogo al *Diccionario cheli* (1983:11) dice el escritor vallisoletano: "Mientras las grandes lenguas se *enfrian*, los dialectos, los argots, las jergas calientes de la revolución, la marginalidad, la juventud, la droga, el sexo, las neonacionalidades y la delincuencia afloran por todas partes e influyen y revitalizan el habla oficial y cotidiana."

¿EXISTE UNA DIDÁCTICA DE LAS "MALAS PALABRAS"? ¿SON, ADEMÁS DE MALAS, "PELIGROSAS"?

Pues bien ¿Cómo escamofear a nuestros alumnos de ELE las particularidades y la expresividad de este aspecto importante del español actual? Y al mismo tiempo ¿Puede impunemente un extranjero, sin caer en el más atroz ridículo intentar reproducir las *malas palabras* que vehiculan conceptos tan esenciales como el asombro, el rechazo, la autoafirmación, la burla, el odio y el deseo sexual, al mismo tiempo que la desmitificación de lo religioso y lo político?

Como docente, considero una obligación *moral* ponerles al corriente de esta aparente *inmoralidad* del lenguaje, tan caracterísitica de nuestro idioma. Pero soy consciente de que hay que proceder con pies de plomo.

1. En primer lugar, previniéndoles del peligro de adentrarse alegremente en arenas tan movedizas e inseguras.

2. En segundo lugar, contextualizando al máximo, por medio de novelas recientes, obras de teatro y sobre todo de películas, ya que la entonción y la gestualidad son esenciales para descodificar y evitar equívocos.

3. En tercer lugar, catalogando este riquísimo caudal léxico por situaciones.

4. Y, sobre todo, intentando descubrir con los alumnos las claves filosóficas y culturales del grupo social en que ha podido generarse.

La madre.

Es evidente que no blasfemaré de igual manera un protestante que un católico y que el drama de *mentar a la madre* será infinitamente más traumático para un italiano que para un danés. La necesidad de blasfemar se comprende mejor en un país cuyas relaciones con la religión todopoderosa han pasado por avatares tales como la Inquisición o los años de la posguerra española y del uso excesivo de la blasfemia vendrá la desesemantización y neutralización de vocablos tales como *hostia/s*, utilizado hasta la saciedad como sinónimo de golpe, bofetada, accidente, o como interjección. Es decir, en las antípodas del pan ázimo con que comulgan los fieles en la misa. De igual manera, en las culturas mediterráneas llamadas *de honor* la imagen de la mujer se asimila a la Virgen y a la madre, en una increíble mezcla de culto a la virginidad y simultáneamente a la maternidad, lo que provoca que los peores insultos, los que más daño hacen, pasen por *la mentada de la madre*. El caso extremo sería el carácter de tabú que ha alcanzado en algunas sociedades latinoamericanas la palabra *madre*, hermosa donde las haya: *romperle la madre a alguien, la concha (de) tu madre, etc.* Paradójicamente, entre los mejicanos, la palabra *padre* se ha convertido, por el contrario, en un adjetivo y adverbio ponderativo: "Qué carro tan *padre*", "me la pasé *padrísimo*".

El sexismo de las malas palabras.

No estaría de más analizar en clase y con la clase los roles del hombre y la mujer en sociedades capaces de transformar tales sustantivos con tales resultados. En el mismo tipo de sociedad latina y de cultura católica se engendran numerosos términos relativos al sexo, procedentes sin duda de atavismos y pautas sociales muy arraigados. Del mundo del *honor* surgen p.ej. una serie de expresiones relacionadas con los *cuernos*: *cornudo, cornúpeta, cabrito, poner los cuernos* y el omnipresente

cabrón. Y al mismo tiempo, la obsesión de la potencia sexual genera, nunca mejor dicho, toda la serie relacionada con los *cojones* o los *huevos*: *tener cojones*, *tenerlos bien puestos*, *me sale de los cojones*, *por cojones*, *manda cojones*, *tiene cojones*, *más huevos que nadie*, *salir de las pelotas* y así *ad infinitum*. Sería útil explicarle al desconcertado alumno extranjero que todo lo designado como *cojonudo* o *acojonante* es positivo, mientras que verbos como todo *escoñarse* o *encoñarse*, así como todo lo que se califica de *coñazo* es negativo. Pero una vez más, la excepción confirma la regla y nos parece indispensable poner al corriente al cuitado estudiante extranjero de que el adjetivo/adverbio de *puta madre* están en lo más alto de la valoración positiva.

De igual modo, subraya Víctor León que "las voces y expresiones que indican la acción de copular (*joder*, *follar*, *chingar*, *tirarse*, *cepillarse*, *pasarse por la piedra*, *cargarse*, etc) muy numerosas, son en su mayoría sinónimas de molestar, fastidiar, estropear, perjudicar, lesionar, matar. Todo ello refleja sin duda una mentalidad que entiende la relación sexual más como agresión que como manifestación afectiva o placentera." Yo añadiría que, como toda regla tiene su excepción, existe un "*llevársela al huerto*" que me parece relativamente poético, pero sería difícil de imaginarlo integrado en una conversación entre muchachos vestidos de cuero en una concentración de motos, por ejemplo, hablando del *ganado* local.

Participación femenina.

En honor a la verdad habría que señalar, a partir de los setenta, un fenómeno bastante nuevo, que fue el acceso a *las malas palabras* por parte de un público femenino. Empezaron, por moda, las universitarias e intelectuales, siguiéndolas las chicas de menos nivel cultural e imitándolas finalmente las madres cuarentonas y cincuentonas. Nadie va a pensar actualmente que puede ofender a una *señora* por utilizar cierto lenguaje, sabiendo que muchas *señoras* se lo permiten sin prejuicios. Sin embargo, el hombre, sobre todo cuando se encuentra entre hombres, sigue disfrutando de una mayor libertad y de una recepción menos crítica de su lenguaje por parte de la sociedad. El adjetivo *malhablada* se oye más aplicado a una mujer que habla libremente, que a un hombre en el mismo caso. La acuñación de nuevos términos equivalentes por parte de las feministas suenan artificiales y no acaban de implantarse: *Estoy hasta los ovarios*, *ovarudo* (por *cojonudo*) ¡*Y una teta!* (por ¡*Y un huevo!*) Las malas palabras fueron creadas por los hombres, dejémoslas fosilizar y desesemantizarse en su campo y entre sus propios fantasmas.

Aspectos bivalentes de ciertas malas palabras.

Así, desenmarañando los sutiles hilos del entramado socio-político-religioso, el alumno extranjero podrá tal vez comprender si debe o no enfadarse cuando un amigo le pregunte: "¿De dónde vienes, *pendón*?" o le salude con un ¿*Qué tal andas, mariconazo?* Porque es absolutamente necesario añadir que uno de los fenómenos más interesantes de las malas palabras es que el agravio se convierte en halago, muchas veces gracias al sufijo y casi siempre a la entonación: *pendoncete*, *cabrona*, *pedazo de cabrón*, etc. El insulto tiene un valor polivalente, según el contexto en que

se presente y, aparte su función número uno que es herir o humillar, existe una función paralela de burla cariñosa, juego y hasta elogio: "*Lo bien que se viste la muy guarra*". "*Y encima es inteligente el cabrón*".

La blasfemia.

Aunque la Real Academia se muestra bastante parsimoniosa en su acepción de términos blasfematorios y sexuales (algo menos los escatológicos) observamos una evolución también en este sentido en los últimos decenios. Por ejemplo, en el prólogo al *Diccionario de argot español* (Victor León, 1980, Alianza, p.9) critica Pilar Daniel la resistencia de esta noble institución, que no accedió hasta 1975, y a petición de C. J. Cela, a aceptar las voces *joder, carajo, picha y coño*, que hasta entonces no figuraban en el DRAE, y esta última, cediendo al argumento de que Quevedo la había utilizado. En la más reciente versión (1992) el DRAE ha abierto sus páginas a ciertos tabúes religiosos, desde siempre los más inamovibles. (*hostia, p.e.*); sin embargo, en la densa página dedicada a *Dios*, lo más irrespetuoso que encontramos es un arcaico *Voto a Dios*, esquivándose la imprecación escatológica tan frecuente actualmente, a veces escamoteada por el eufemismo: *Me cago en diez*. Es preciso añadir, no obstante, que el uso de la blasfemia está en plena regresión, debido al menor peso de la religión en nuestra sociedad y que estos dos ejemplos citados son fósiles elocuentes de un pasado, mas desprovistos de valor semántico.

Según el psiquiatra argentino Ariel Arango (1989), a pesar de su mala reputación y de su carácter tabú, las malas palabras poseen un carácter terapéutico extraordinario y, para él, "las voces obscenas deben disfrutar de plena libertad en el lenguaje de colegios y universidades, en la radio, los periódicos y en la televisión". Tal permisividad debería animarnos a proseguir esta encomiable labor didáctica en clase de ELE, sobre todo para permitir a nuestros alumnos una desdramatización sobre el terreno y una mayor comprensión de las claves de nuestra sociedad.

Hace algunos días, al llegar el fin del curso, un alumno adulto, traductor holandés, me enseñó muy satisfecho un librito que acababa de adquirir y que se llamaba en neerlandés el equivalente de "El español sin tabúes". - "¿Para qué lo quieres?", le pregunté. - "Para poder comprender las películas". Este alumno había seguido dos semestres de español en un país no hispanohablante, nunca había estado en España, pero ya sentía la necesidad de abordar este tipo de lenguaje que le parecía esencial. Ojeé su librito, en el que se clasificaban las *malas palabras* por categorías y situaciones, de una manera muy actualizada, y me pareció una buena adquisición. Pero lo más importante es que esta pequeña anécdota me reforzó en la idea de elaborar este modesto trabajo y de seguir integrando en mis clases esta *asignatura* complementaria y sobre todo, pendiente.

Para abordar tan espinoso tema, repito, me parece necesario organizar un análisis sociocultural con alumnos que posean ya un buen conocimiento de la lengua y cierto conocimiento del país. El análisis de los insultos es fundamental para conocer los valores fundamentales de una sociedad, ya que un insulto es la negación de las cualidades que supuestamente se debe poseer. El rechazo y la represión parecen pues ser los motores esenciales en la creación de insultos.

Hemos subrayado que las tres grandes canteras de las malas palabras son:

- a. la obscenidad
- b. la blasfemia
- c. la escatología.

1.1 La sexualidad. Nuevos aspectos bivalentes.

El primer apartado agrupa todo lo que se refiere al fantasma de la homosexualidad, como a la práctica sexual, sobre todo cuando se ejerce sin conocimiento del cónyuge (preferentemente hombre) o se refiere a la profesión más antigua del mundo. Ahora bien, si las palabras *puta*, *cabrón* y *marica* designaron inicialmente a personas que reunían las características más arriba citadas, se han ido desviando progresivamente para llegar a designar a personas que no corresponden en absoluto a esas características, cosa además sabida de todo el mundo. Cuando hay problemas entre conductores es frecuente oírles calificarse de *hijoputa* o *cabrón*, o en una carrera oírnos al niño que va en cabeza gritar: ¡*Maricón el último!* sin que nada permita a estos hablantes hacer tales conjeturas; cuando comentamos la actitud que nos parece negativa en una jefa, profesora o vecina, podemos calificarla de *la puta de ella* o *la muy cabrona*, sabiendo perfectamente que no es ni lo uno ni lo otro. Y curiosamente, como subrayan los autores del ya citado *El arte del insulto*, cuando hablamos de personas que realmente tienen estas características, no les aplicaremos la palabra-insulto, que sería la más adecuada, por ser la más auténtica, sino que recurriremos a eufemismos tales como *reinona*, *mariposa*, *afeminado*, *pluma* o, en el caso de una mujer emplearemos más bien vocablos como *pendón*, *fulana*, *golfa*, *putón* o *guarrindonga*, evitando en ambos casos los omnipresentes y desesemantizados *puta* y *maricón*. Habrá pues que iniciar al alumno de ELE en estas descodificaciones no siempre claras para un extranjero, al mismo tiempo que se le advierte que hay toda una jerarquía en este tipo de insulto y que, aunque se trate de sinónimos, no es lo mismo calificar a una mujer de *zorra* que de *puta*, por mucho que se haya ido desviando el sentido inicial. De igual modo, habrá que desdramatizar el verbo *joder* que, a pesar de su denso pasado, se ha convertido en una simple interjección de contrariedad o asombro o en sinónimo de *fastidiar* (*¡no jodas!*, *lo dice sólo por joder*). Podríamos clarificarle las cosas precisando que en España *joder* es el acto de copular figurado y *follar* el acto en sí. Habría que aprovechar la ocasión para advertirle de los peligros del uso del aparentemente inocente verbo *coger* en muchos países de América Latina, así como de otros peligros similares, (Stephen Burgen:73) como serían la confusión entre *estar hecho polvo* y *echar un polvo*.

1.1.a La Madre.

Al hombre español siempre se le insulta a través de la mujer, lo cual es también una constante de las sociedades mediterráneas y latinas. La moralidad de la madre y la fidelidad de la esposa son las dos obsesiones que han generado insultos como, en el primer caso, *hijo de puta*, *hijo de la gran chingada*, *bastardo*, *malnacido*, *borde*, sin olvidar todo lo relacionado con la *leche*, que siempre es mala, por supuesto. Variantes como *me cago en su puta madre* o *me cago en la puta que lo parió* son dignas de ser desdramatizadas pues no expresan más que una fuerte irritación o

descontento. Es también elocuente y enjundiosa la sibilina respuesta - *la tuya, por si acaso*. Lo que sí sería digno de ser comentado en clase es que en el fondo, quienes pagan por los errores de los hijos, son las inocentes madres y esto merecería un análisis más profundo, sin necesidad de ser feminista. *Mentar a la madre* o *echar mentadas*, como dicen los mejicanos, está en primera línea del arte del insulto.

1.1.b. La Esposa.

El tema de *los cuernos* parece gozar de una enorme creatividad lingüística y ha dado toda una gama de adjetivos, que a veces se entremezclan con la jerga taurina: *cabestro, novillo, astado, cornúpeto* y los más clásicos *cornudo, cabrón, cabrito* y verbos como *llevar la cornamenta* y *poner los cuernos*. Y aquí se comprueba una vez más la regla general. Mientras *cabrón* y sus derivados se utilizan simplemente para designar a alguien cuyo comportamiento no nos gusta, todos los demás designan al marido engañado. Curiosamente, el insulto en situación equivalente no puede dirigirse a una mujer, lo cual muestra de una manera clarividente las diferentes concepciones del "honor" o del "engaño", según los sexos. Citan los autores de *El arte del insulto* dos frases dignas de ser repetidas aquí: Una, pronunciada por una esposa "ligera de cascos": *Mi marido ha sido para mí una completa decepción, el muy desgraciado me ha salido cabrón*. Y la segunda, atribuida a un marido "engañado": *Primero, que no me pongan los cuernos; segundo, si me los ponen, que no me entere; Tercero, si me entero, que no se enteren los demás*.

1.1.c. La Homosexualidad.

Lo peor que puede reprochársele a un hombre hispano y por extensión, latino, es la homosexualidad. A pesar de que las mentalidades están empezando a evolucionar, todo el peso de una tradición de virilidad exclusiva y aplastante se ha ido reflejando potentemente en el idioma y ha dejado sus huellas. Hemos visto más arriba la serie derivada de *marica/maricón/mariquita*, que puede utilizarse incluso con fines afectuosos y casi nunca con sus auténticos valores semánticos. Pero a pesar de la neutralidad y el derecho a la dignidad que lleva consigo el término *gay*, siguen existiendo términos que escuecen como *loca, pluma, invertido, degenerado, de la acera de enfrente, reinona, enculador, puto, palomo* y tantas otras. En cuanto a los verbos, hay toda una serie de imprecaciones relacionadas con el acto sexual entre hombres que en ciertos casos pueden ser muy insultantes y en otros pueden ser tan inocuas como el *vete a la porra*: *Que le den p'ol culo, vete a tomar p'ol culo, a tomar por saco*. Hay sin embargo ciertas oraciones desiderativas que serían bastante difíciles de explicar a un alumno extranjero, y que incluso son difíciles de interpretar por el nativo, ya que entran en el terreno del surrealismo puro y duro. Ej.: *Que te folle un pez*.

La lengua tampoco perdona a las mujeres que escapan a la norma sexual generalizadora y aquí a veces las palabras pueden ser más hirientes, por ser menos frecuentes. La homosexualidad femenina ha sido desde siempre más condenada que la masculina y por consiguiente más oculta, más tabú: *bollaca, bollera, tortillera, marimacho, machorra* no son apelativos tiernos y, curiosamente, no existe aquí el equivalente jovial y

hasta afectuoso de *maricón*, *mariconcete*, desprovisto de su sentido inicial.

Existe una categoría intermedia en el insulto sexual u obsceno, que podríamos catalogar como de la *cachondez* o de la *ausencia de cachondez*. El hablante atribuye aquí a su interlocutor o a su insultado/a, sea un excesivo y anormal ardor en su actividad sexual, sea, lo que es mucho peor, una indiferencia congénita a todo lo relacionado con el sexo.

1.1.d. Interés sexual excesivo.

En este grupo se encuentra, naturalmente el adjetivo *cachondo/a* (con su variante *cachondo mental*) que, como todos los "cabeza de serie" se ha desemantizado en muchos casos, sobre todo cuando funciona con *ser* y no con *estar*, y que puede aplicarse a alguien divertido y apreciado por el grupo. Sin embargo, *pichaloca*, *pichabrava*, *correfaldas*, *braguetero*, *comecoños*, *salido*, *chuloputas*, *putero* y *putañero* entre otros, quieren decir lo que quieren decir, sin ambages. Para las mujeres hay términos tan expresivos y elocuentes como *calientabraguetas*, *calientapollas*, *comehombres*, *devorahombres* y toda la serie sinónima de *puta* estudiada anteriormente.

1.1.e. Indiferencia sexual

En este último grupo, socialmente mucho menos valorado, figuran, en el mundo masculino los *pichafría*, *pichafloja*, *pichimustio*, *pichiflojo* y *pitopáusico*; en el mundo femenino, la *estrecha* (que puede poseer también un valor paralelo de persona sin amplitud de ideas), con sus equivalentes insultantes *frígida*, *chichiseco*, *higoseco*.

El profesor Jacques De Bruyne, de la Universidad de Amberes, ha publicado un apasionante y bien documentado artículo (1997:21-48) sobre la publicidad del comercio sexual en los periódicos españoles en el que analiza exhaustivamente los aspectos léxicos, sintácticos, prefijos, sufijos, terminología culta y extranjera, entre otros, y en este trabajo se pone de manifiesto que los (auto)insultos funcionan como publicidad: *sádicas*, *esclavas*, *perversas*, *sadomasoquista*, *pompis vicioso*, *sumisión*, *humillación*, *sodomización*, etc., leemos en la prensa del fin de semana. ¿Qué odemos deducir de todo esto? Que existe una paradoja tanto en el insulto sexual como en el ideológico. Es decir: "Con el insulto sólo se ofende al que no lo es. En cambio, al que sí lo es, hasta le gusta" (J. de Dios Luque, 1997:59).

2. La escatología. Nos parece observar que ésta pierde terreno con respecto al insulto obsceno. El insulto escatológico más frecuente parece estar siempre relacionado con el verbo *cagarse en alguien*, desde la inocua *mar*, hasta Dios y los muertos, pasando por el eufemismo *mecachis* que no significa sino contrariedad. La palabra *mierda* ya no sonroja a las señoras más puritanas, a fuerza de ser utilizada en todo tipo de situaciones, incluso como sinónimo de droga. *Mandar a la mierda* a alguien no nos parece digno ni siquiera de un enfado. Y en la misma gama, el *pedo* ha pasado a ser sinónimo de borrachera, aunque ha generado el adjetivo *pedorro*, *a*. Hubo tiempos en que calificar a alguien de sucio, con los apelativos de *guarro*, *puerco*, *cerdo*, *marrano*, *asqueroso*, *piojoso* o *apestoso* (muchos de ellos se han

desemantizado siguiendo el fenómeno citado más arriba) eran una auténtica injuria, para él y para su familia. Nos ha parecido observar que los criterios de higiene, y no sólo entre los jóvenes, han sufrido un serio revés desde la idealización del movimiento hippy, pasando por Mayo del 68, el fenómeno Okupa y las transhumancias de los mochileros, y que muchas de estas invectivas no provocarían hoy sino una sonrisa burlona. Han nacido igualmente otros, como *pedorro*, *cutre*, *tío mierda*, que no por ser más pintorescos son más insultantes.

3. La estulticia.

"Los insultos que ponen en entredicho las facultades intelectuales del insultado no son necesariamente menos contundentes que los obscenos. Un *imbécil* dicho con desprecio por una mujer es más efectivo que un *cabrón* vociferado por el rey de los camioneros." (Sergi Pàmies, 1995). A fuerza de ser utilizadas desde la noche de los tiempos, adjetivos como *tonto*, *bobo*, *estúpido*, *memo*, *idiota e imbecil*, *tarugo*, *primo*, *panoli* y *canelo*, etc. han perdido todo su vigor. Se ha recurrido entonces a refuerzos por medio de complementos o de frases hechas que han redorado un poco los marchitos blasones: *tonto del culo*, *tonto de psiquiátrico*, *tonto 'el higo*, *más tonto que los cojones*, *más tonto que Abundio*. Y a sufijos como: *tontarra*, *tontorrón*, *tontaina*. Un recurso alternativo ha sido desde siempre la metáfora relacionada con el mundo animal y vegetal: *alcornoque*, *ceporro*, *madero*, *tronco*, *animal*, *bestia*, *mulo*, *asno*, *burro*, *pato*, *ganso*, etc.

Un procedimiento interesante es relacionar la falta de inteligencia con las partes pudendas y entre sus filas encontramos el omnipresente *gilipollas* que designa hoy cualquier vicio o tara, dañino para los demás, pero también para sí mismo: *hacer el gilipollas*. Cuando el *jilí* (de origen caló) se une a *pollas*, llegamos al sumum de la estupidez, mucho más eficaz que *tonto de los cojones* o *tonto del culo*, que están en la misma línea. En esta constelación son dignos de mención creaciones más recientes como *capullo*, *cipote*, *tonto del pijo*, *tontopollas*, *soplapollas* *pringao* y *chorra*. En Argentina sus equivalentes serían *forro* (condón), *boludo* y *pelotudo*; en Chile *huevón* y su riquísima serie. A caballo entre la inteligencia y el sexo están también *mamón*, *mamona*, *mamoncete*. Pero en otro orden de ideas, lo que no se le perdona a nadie no es la falta de inteligencia sino la falta de clase. Por eso, la palabra *hortera* está actualmente en todas las bocas y es francamente hiriente. Observemos que el antiguo insulto *cateto* o *paletto* se ha desplazado. El *paletto* venía del pueblo, olía a establo y tenía callos en las manos. El *hortera* es un producto urbano y su falta de clase se mide con arreglo a códigos puramente urbanos: vestimenta, accesorios, lenguaje, peinado.

4. La extranjería.

Consciente de que la condición de extranjero no siempre es fácil de vivir, nuestro alumno deberá saber que no tiene que enfadarse si le llaman *guiiri*, aunque dependerá siempre del contexto y la entonación; e igualmente que no deberá llamar a nadie *sudaca*, aunque se lo haya oído a su profesor. Evitará términos como *negrata* si no quiere ser acusado de racismo. Deberá andarse con pies de plomo en el terreno

de los *moros* y más aún de los *morárganos* y los *moracas*, y aceptar sin rechistar que un *polaco* no siempre es un polaco, sobre todo en Madrid. Si es alemán, le costará mucho encajar el apelativo *cabeza cuadrada*. Y si es francés, aceptará mal que le llamen *franchute*, aunque encontrará muy divertido que a los italianos les llamemos *espaguetis*. Va a tener la vida difícil, está claro, y tendrá que recurrir a la paciencia infinita de su profesor, que le irá abriendo camino por el laberinto de *las malas palabras*, las cuales, en el fondo, no son tan malas si le enseñamos a conocerlas, a integrarlas y sobre todo, a desdramatizarlas.

BIBLIOGRAFIA

- Arango, A. (1989), *Las malas palabras*, Barcelona, Martínez Roca .
- Burgen, S. (1997), *La lengua de tu madre*, Barcelona, Planeta.
- Caradec, F. (1988), *N'ayons pas peur des mots*, Paris, Larousse
- Cascón Martín, E. (1995), *Español coloquial*. Madrid, Edinumen.
- De Bruyne, J. (1997), "Recursos lingüísticos como auxiliares afrodisiacos", Amberes, *Linguistica Antwerpensia XXX*, 21-48.
- Diccionario de voces de uso actual* (1994), Madrid. Arco Libros.
- J.G.I. (1998), "No soy el repelente niño Vicente", *El País* (Valencia), 19.04.98.
- León, V. (1980), *Diccionario de argot español*, Madrid, Alianza.
- Linguistica Antwerpensia XXX*, 21-48.
- Luque J., A. Pamies y F. Manjón (1997). *El arte del insulto*, Barcelona, Atalaya.
- Ramoncín (1993), *El tocho cheli*, Madrid, Papagayo (Temas de Hoy).
- Trenas, M.A. (1998) "Tres profesores universitarios editan un estudio lexicológico sobre el arte de insultar", *La Vanguardia*, 23.03.98.
- Umbral, F. (1983), *Diccionario cheli*, Barcelona, Grijalbo (Narrativa 80).
- Vigara Tauste, A.M. (1980), *Aspectos del español hablado*, Madrid, SGEL (PBE).